

PARA LA HISTORIA

CARTA ABIERTA

DEL GENERAL

JUAN BAUTISTA ESCALONA

AL BENEMERITO GENERAL

JOSE IGNACIO PULIDO

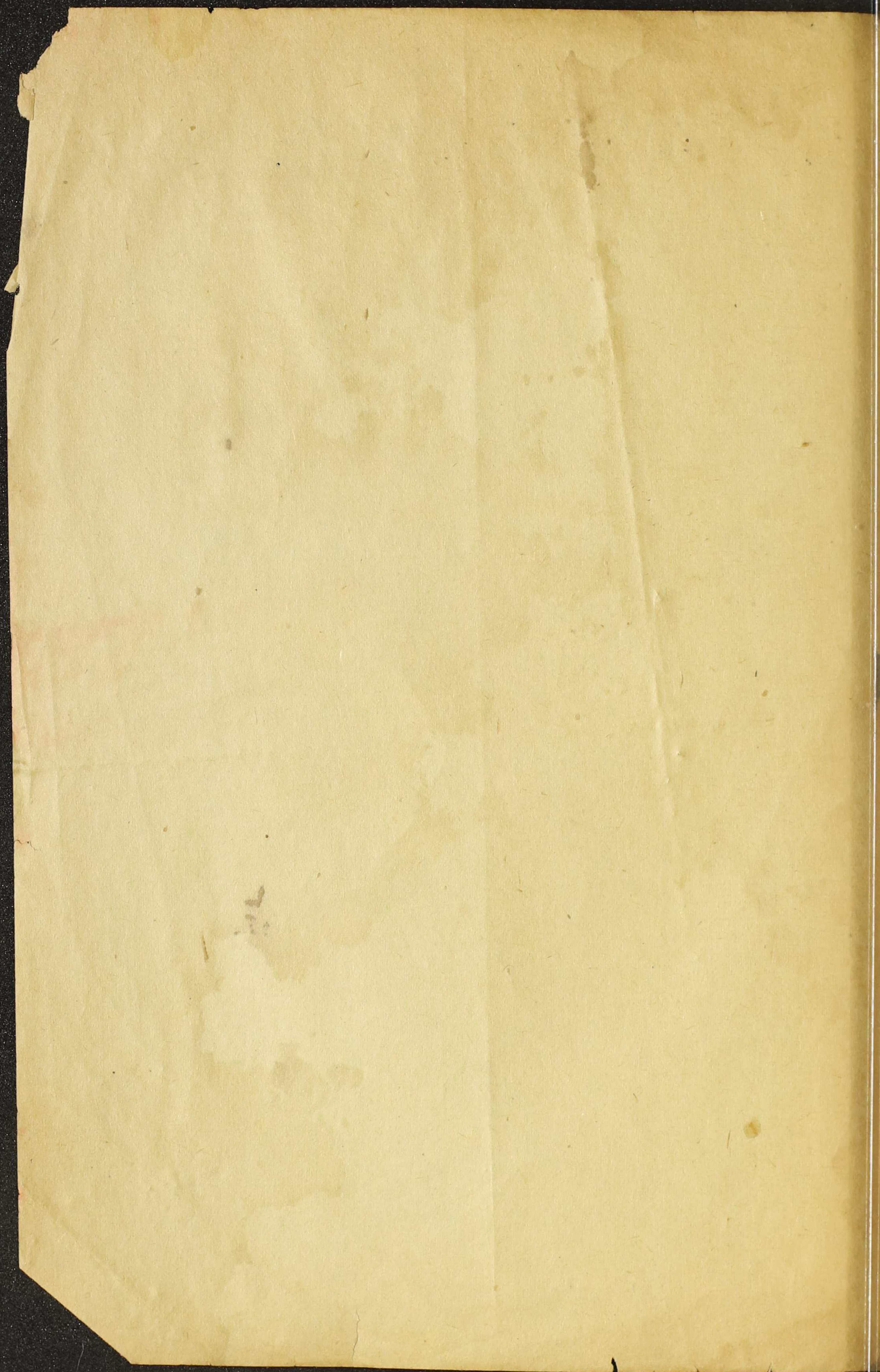
MINISTRO DE GUERRA Y MARINA



CARACAS

TIPOGRAFIA UNIVERSAL.—TALLERES AL VAPOR.

1900.



Cin

Res

ejecu
 solu
 cierr
 gos
 estab
 sa,
 rra
 este m

Cu
 egua
 un deb
 aquellos
 se oscur
 dno se
 pasin
 lidas p

den
 de los

Bo
 que me
 cial de
 nombre
 siempre
 res y de
 fin de ap
 ellos son
 que estas
 tin A. Ma
 contesto.

Caracas: 18 de enero de 1900.

*Ciudadano General José Ignacio Pulido, Ministro
de Guerra y Marina.*

Respetable señor General :

El profundo respeto que me han inspirado siempre sus ejecutorias como militar de alta escuela y de procederes en absoluto correctos, unidos, á la imperiosa necesidad de evidenciar ciertos hechos, que rediman á mi nombre de los penosos cargos que la ofuscación, é impericia de ciertos oficiales que me estaban subordinados, se han permitido hacerme por la prensa, con visible desdoro, no para mí, sino para la gloriosa carrera de las armas, me ponen en el forzoso caso de ocurrir á este medio.

Cuando la conciencia se siente tranquila y se lleva la frente erguida sin que una acción punible la obligue á inclinarse, es un deber de decoro venir á la prensa, para hacer luz sobre aquellos acontecimientos, en que se falsea la verdad histórica; se oscurece las irradiaciones de la justicia; y con descaro inaudito se pretende avasallar reputaciones que como la mía, han pasado por el crisol del trabajo constante, y se han hecho sólidas por el sacrificio perpetuo.

He ahí la razón de esta carta, que al hacerla pública, obedezco al mandato de mi propio derecho, cuál es, defenderme de los injustos ataques de los que ayer fueron mis subalternos.

Bien es cierto, que es dudosa la hoja de servicio, de aquellos que me impugnan, que es todavía mas sospechosa la probidad social de esos individuos, que han olvidado el pauperismo de su nombre por la carencia de merecimientos, conque han vivido siempre allá en Barcelona, envueltos en las brumas de los tahures y de los garitos, para tratar ahora de levantarse hasta mí, con el fin de aparecer ante el público al mismo nivel que yo. Pero, ellos son bien conocidos, y desde luego, deducirán mis lectores, que estas líneas tienden á colocar en su puesto al General Martín A. Marcano, autor y único responsable de las falsedades que contesto.

Con mas de un testimonio fehaciente pudiera demostrar que antes del veintitres de setiembre del año retroproximo, fuí incansable en la idea de inducir á Marcano, á que salvando la omnipotencia autonómica del Estado Barcelona, asociara sus energías á la magna revolución que ya para entonces acaudillaba el Benemérito General Cipriano Castro. La duda, ó el deseo de sacar ventajas de aquella asficcante situación, lo mantuvieron en una pelsejidad que si para unos, lo exhibía como leal, para los más estaba de antemano juzgado como un simple especulador de vulgares procederes, como he de demostrarlo.

Primero: el movimiento del veintitres de setiembre en que desconoció la autoridad del General Ignacio Andrade, el General Marcano, obedeció, nó á una convicción, nó á un ideal determinado, nó á la aspiración Nacional que era sacudir el yugo de aquel Gobierno, incoloro, é impopular, obedeció sí, á la inquina, al odio manifesto que Marcano tiene al General Domingo Monagas, para aquellos días designado como Jefe de operaciones del Estado Barcelona; ¿qué dice á ese respecto, el Código militar? ¿Cómo se califica el proceder del General Marcano en esos instantes con su superior según los dogmas de la carrera del honor y de las armas?

Es de la competencia de los lectores, las deducciones que se desprenden de estas consideraciones.

Al efecto, vuelvo al 23 de setiembre, dia en que cooperé eficazmente á dicho movimiento, al extremo de haber aceptado el nombramiento de primer Jefe del Batallón Barcelona. Mis esfuerzos, mis indicaciones, unidas á la perseverancia y disciplina militar que usted sabe ciudadano General Pulido, supo enseñarme en mas de un campamento, decidieron al General Marcano en aquellos momentos conflictivos para el Estado, á nombrarme Comandante Militar de la plaza de Barcelona. Esos dos nombramientos, hechos en la hora de las grandes resoluciones, y en la cual era indispensable el acierto para poder conducir al cauce regular á un movimiento revolucionario como aquel, indican que Marcano reconoció en mí, aptitudes, y vió desde luego en el soldado que tenía á su lado, al hombre capaz de no sacrificar las leyes del decoro, mucho menos someter á dudas sus actividades y energías militares.

Si en el simple relato que vengo haciendo observan mis lectores algunas frases como en divorcio con la propia modestia, les suplico se dignen verlas como una necesidad indispensable al propósito de no faltar al rigorismo de la verdad. Viene al caso, que deje aqui consignado el hecho de que el General Martín A. Marcano ante los ciudadanos Doctor Celestino Farrera y otros varios, en un raptó de positivo entusiasmo, se expresó con relación á mí, en el pueblo de San Mateo, en los términos siguientes: "Estoy muy satisfecho de la conducta y disciplina militar de Escalona, que se hace incansable con el ahínco en complementarme en este movimiento revolucionario." ¿No corro-

boran esas palabras los conceptos por mí espuestos anteriormente? Ahora por vía de explicación y en resguardo de mis ideales políticos, por convenir á ellos, hago á usted presente, que por pura consecuencia á mis tendencias revolucionarias contra aquel orden de cosas, fué que pude haber aparecido aparentemente asociado por correlación de ideas antagónicas al General Ignacio Andrade y sus parciales, con el señor Doctor Severiano Hernández, propagandista de la revolución también hernandista.

Pero esa correlación, nacida del vínculo sacrosanto de la amistad, nunca fué calentada al rescoldo del fuego político, que en el campo de las ideas nos separaba como leales adversarios.

Por rumbos opuestos, aun cuando en líneas paralelas, le buscábamos ambos la ruina, el total aniquilamiento del Gobierno de Andrade, y de ahí, que el Doctor Severiano Hernández y yo apareciéramos como entendidos en propaganda y aun como eslabonados por un mismo fin.

Necesario es seguir dejando las cosas y los hechos en sus respectivos puestos, á fin de que aquel que resultare culpable, sufra el castigo del veredicto público.

Ya como Comandante Militar de Barcelona, y en armonía con tal caracter, emprendimos la campaña contra las fuerzas del General Braulio Yaguaracuto situadas en Píritu, donde vimos frustradas nuestras esperanzas por haber desocupado la plaza el Jefe antagonista.

Relatar los incidentes de esa breve campaña, hacer el acopio de los múltiples y ficticios recursos con que hubimos de emprenderla sería en demasía prolijo y hasta daría ocasión á la hilaridad de nuestros lectores, por la urdimbre de atropellos conque vestimos aquel espediente.

De Píritu se me ordenó por el General Marcano la persecución activa contra el General Yaguaracuto, y al efecto, al frente de trescientos hombres, marché sobre Clarines, donde para esa fecha se encontraba el enemigo.

Como en Píritu, fué también allí incruento el efuerzo, pues que la fuga del contrario burló todos nuestros ahincos.

Circunstancia esa, que nos obligó volver á Barcelona, bien bien para organizar el Estado, bien para orientarnos de los rumbos de aquel movimiento general del país, en que eran múltiples las aspiraciones, poderoso el esfuerzo y debil por su estado anárquico la cohesión.

Cuando nos ocupábamos en proporcionar la subsistencia al Ejército que nos estaba subordinado, cuando la lucha de la fuerza contra el capital se hacía cada vez mas conflictiva entre militares y propietarios, vino á obligarnos forzosamente á una nueva campaña la presencia de fuerzas del General Rolando, en el sitio denominado el Tigre, jurisdicción del Estado.

La resurrección de aquel núcleo Andradista en territorio que ya le era adverso, dió nuevos bríos al Ejército, fundó en el ánimo de los componentes de nuestras fuerzas gratas y grandes esperanzas, y así se vió que al compas de las marciales notas del Epico Clarín de guerra, nos encaminamos de nuevo á los campos de Marte, jadeantes por cegar laureles de gloria y llevar con nuestro coraje á su trono á la diosa libertad, en el territorio que reúne nuestros afectos, y que un día, fué móvil forzado de mis más dulces ilusiones.

En la primera jornada de nuestra marcha y en el Liensero posesión del General Marcano, llegó hasta nosotros el eco simpático, la repercusión sonora de que el más afortunado hijo de Los Andes, El Benemérito General Cipriano Castro, precedido por el ángel de las victorias, bajo cuyas argentadas alas aparecía transfigurado por la gloria, había ocupado la capital de la República, entre los himnos patrióticos de sus hijos, las angelicales alabanzas de las nereidas del Avila y el regocijo general de todos los ciudadanos de la Patria.

Aquella noticia reaccionó mi espíritu, pues, que veía realizadas mis esperanzas, pagado con creces mis esfuerzos, toda vez que en el Capitolio Nacional tremolaba el Lábaro Amarillo, colocado allí por un joven que como el General Cipriano Castro, suma á las ejecutorias de Caballero, limpios antecedentes y procederes en absoluto correctos. Desde ese instante mismo, fuí incansable en propagar en el Ejército la necesidad de reconocer al victorioso caudillo de Los Andes como al salvador de la Patria y el legítimo Jefe del Partido Liberal.

En parte ví colmados mis anhelos con la comisión que se encomendó al Doctor Severiano Hernández, como Jefe de Estado Mayor del Ejército del Estado, para que á nombre de los Jefes, oficiales y tropa presentava al Jefe triunfador, las muestras de nuestros respetos, junto con la promesa de la subordinación y disciplina que nos preceptúa el Código de la carrera.

A nuestra llegada á Cantaura las fuerzas de Rolando situadas en el Tigre, volvieron á territorio Guayanés, desocupando en consecuencia el del Estado Barcelona. Fué entonces que á la cabeza de trescientos hombres salí en persecución del General Julio Ruiz, que se encontraba sosteniendo la ya estinta autoridad de Andrade.

Como la ciencia de la Guerra no consiste en el solo hecho de producir escándalos, de llevar la desolación á aquellos lugares fértiles por la munificencia de la naturaleza, lozanos y prósperos por el cuido asiduo de los hombres, como la guerra, repito, tiene su decálogo, su credo y sus principios en diplomacia, yo hube de solicitar del General Julio Ruiz un avenimiento fraternal que evitara los dolores y las lágrimas de un combate ya infructuoso.

Como prueba inequívoca de mis procederes, no obstante,

ser muy dogmático el tono de la nota que inserto, lo hago como contraste de la orden en ella expresada, á fin de que vuelvan mis lectores á hacer las deducciones¹ consiguientes.

Hé aquí la nota :

“Estados Unidos de Venezuela.—Jefatura de Operaciones del Ejército Revolucionario del Estado Barcelona.—Cantaura 31 de octubre de 1899.

Ciudadano General Juan B. Escalona.

Presente.

Considerando como faccioso temerario al ciudadano Julio Ruiz, por su actitud subversiva, y causante por lo tanto, en primer término, de la permanencia del Ejército en esta ciudad, es natural que el sostenimiento de éste, se haga á costo de los intereses de Ruiz. En tal virtud, ordeno á usted, se sitúe con el Ejército que he puesto hoy bajo su mando, en las posesiones del referido faccioso, remitiendo á esta ciudad todo el ganado y bestias que se encuentren en aquellas.

Confío en que usted le dará á esta orden su más puntual cumplimiento.

Dios y Federación

Martín A. Marcano.

¿Cómo correspondí á aquel mandato de mi Jefe inmediato superior? Esa y no otra, será la interpelación que se harán aquellos que me dispensen el honor de leer estas líneas. Y es en consecuencia de esa misma pregunta, que inserto de seguida la nota con que el señor Doctor Celestino Farreras Subjefe de Estado Mayor, respondió á mis fraternales indicaciones.

Léase :

“Estados Unidos de Venezuela.—Jefatura de Estado Mayor del Ejército de Operaciones del Estado Barcelona.—Cantaura : 1º de noviembre de 1899.

Ciudadano General Juan B. Escalona.

La Florida.

Me encarga el General Marcano decir á usted, que le reitera las órdenes comunicadas en carta fecha de hoy, en el sentido de que acepta el tratado celebrado por usted, siempre que el señor Julio Ruiz, se obligue á entregar todas las armas sin que oculte una siquiera de ellas.

Cumplo órdenes del mismo General Marcano, al manifestar á usted que si el señor Ruiz necesita uno ó dos días para la reconcentración de todas las armas, puede concederlos, y si usted entiende que hay buena fé de parte suya, se regresa con las fuerzas de infantería pertenecientes á este cuerpo, cumpliendo respecto de las otras las instrucciones que se le han comunicado, y haciéndole saber á Ruiz, que debe venir aquí con todas sus fuerzas para efectuar el desarme.

En esta misma fecha se ordena al General Cabello, á quien se confió la destrucción de Maita, regresar á esta plaza con todas sus tropas, disposición esta que ha dictado el ciudadano General Jefe del Ejército porque entiende que los Maitas como subalternos de Ruiz, han sido comprendidos en el tratado que celebró con usted aún cuando le es extraño que usted nada le diga sobre el particular. Por lo demás el General Marcano confía en su buen juicio y experiencia.

Dios y Federación

Celestino Farreras."

Ponen en evidencia las notas ya copiadas, el modo de ser del soldado, á quién se le ordena el exterminio del enemigo por el saqueo, y que lejos de mostrarse ese mismo soldado, rebelde á los mandamientos de su jefe, se esfuerza por el contrario en encubrir en el limitado radio que la disciplina le describía, las violencias de aquel, que era su superior, pero que ese superior desgraciadamente olvidaba que la guerra se hacía entre hermanos, que aquello revestía los caracteres de una disensión de familia y que por consiguiente, era casi un crimen ir á destruir la propiedad de un compatriota honorable, solo porque en aquellos momentos era nuestro adversario.

Plenamente satisfecho el señor General Julio Ruiz de mi conducta, me hizo total entrega de los elementos de guerra en el sitio denominado La Florida, manifestándome los sentimientos de su hidalguía y gratitud, en dádivas que yo rechazé por respeto al decoro militar, á fin de no desprestigiar el carácter de que me encontraba investido. Ruiz, que me complazco en declarar que es todo un caballero, me hizo compañía hasta Cantaura, haciendo plácidos los instantes que demoramos en la travesía.

Apenas hube llegado á Cantaura cuando se me ordenó que con parte del Ejército me trasladara á Barcelona, investido con el carácter de Jefe Civil y Militar de aquella plaza. Demás está decir que cumplí lo ordenado, y que en esta ocasión, como en las anteriores, observé que para Marcano, el factor, el alma y hasta la inspiración de sus determinaciones, era yo. Por manera que todavía no he alcanzado á explicarme el poder de la sujeción satánica que de un momento á otro le hiciera cambiar de opiniones, al extremo de escojermelo como blanco de sus tiros alevos.

Dos días después de mi estadía en Barcelona, fuí sorprendido con la nota que se leerá de seguida:

"Estados Unidos de Venezuela.—Jefatura de Estado Mayor

General del Ejército de Operaciones del Estado Barcelona.

—Barcelona: 11 de noviembre de 1899.

Ciudadano General Juan B. Escalona.

Presente.

En la orden general de hoy ha sido usted nombrado segun-

do Jefe del Ejército del Estado, lo cual comunico á usted, para su conocimiento y á los fines consiguientes.

Dios y Federación,

Severiano Hernández."

Venía siendo práctica impuesta por el General Martín A. Marcano, estorcionar al comercio con la diaria contribución, molestar á los ciudadanos con continuas y frecuentes conferencias que le dieran por resultado á Marcano el hacerse de dinero, que parecía ser el motor forzado de su sospechosa adhesión á la revolución triunfante en Caracas.

Esa circunstancia reveladora para mí de ideas mesquinas, y de pequeños ideales, me obligaron á redoblar mis esfuerzos en el sentido de protestar contra el proceder del señor General Hernández Ron, ya en rebeldía contra la autoridad del General Cipriano Castro, y que al dar crédito á los deceres de algunas personalidades de Barcelona, á esa rebeldía, estaba comprometido secretamente Martín Marcano. Razón por la cual, trabajé en el propósito de que se formulara la lujosa protesta por el Ejército el día 9 de noviembre de 1899, cuyo texto literal dice así: "Al país.—Corren días de prueba para la Patria y el Partido Liberal.—Al toque de llamada que nos hace el Benemérito General Cipriano Castro desde el Capitolio Federal, adonde lo han llevado sus victorias alcanzadas en defensa de las instituciones y del honor de la República, debemos corresponder lealmente todos los buenos ciudadanos, aunando esfuerzos y conciliando voluntades con el firme propósito de combatir la actitud injustificable que ha asumido el General José Manuel Hernández. La paz comenzaba á restablecerse en medio de las satisfacciones de los pueblos: el General Castro con criterio sereno, ageno á todas clase de pasiones, é inspirado en el bienestar común abrió las puertas de las cárceles, extinguió las persecuciones y con magnanimidad digna del héroe, inició la fraternidad de los venezolanos como el medio más adecuado para reponer los quebrantos públicos y salvar la Nación de la anarquía.

A esta política discreta y eminente responde el General Hernández, que tenía puésto de honor en el Gabinete, con el grito siniestro de la guerra civil, empuñando la bandera de la ambición desatentada y laborando por la ruina del país. En presencia de ese acontecimiento, que condenan enérgicamente nuestro honor y nuestro patriotismo, protestamos nuestra franca adhesión al Benemérito General Cipriano Castro, Jefe del Ejecutivo y de la Causa Liberal, á la cual pertenecemos.—Viva el Gran Partido Liberal.—Viva el Benemérito General Cipriano Castro."

Una fatal coincidencia proyecta sobre la conducta del General Martín A. Marcano, algo así como una sombra que la envuelve en las brumas de la duda, y somete por consiguiente, á sus compatriotas, á cabilaciones nada honrosas para el militar, que el día 23 de setiembre del presente año, faltó con descaro poco plausible á los sagrados deberes que le imponía la carrera de las armas.

¿Será aventurado suponer que el mismo hombre, que por odio al General Domingo Monagas se alzó en la fecha ya indicada, que por virtud de ese mismo odio, y por idénticos motivos, me obligó en marcha redoblada salir de Cautaura con el carácter de Jefe Civil y Militar de aquella plaza, porque creía que el General Cipriano Castro nombraría como Jefe de operaciones del Estado, á Monagas, sería aventurado, repito, suponer que el General Martin A. Marcano estaba de acuerdo con el General Hernández Ron, para efectuar una nueva defección, por la cual, desconociera la autoridad del General Cipriano Castro?

Encargo á los hechos, discriminar la verdad sobre esos particulares.

Es notorio de algun tiempo á la fecha, que la política local de nuestras Entidades autonómicas, se ha concretado á espolear aspiraciones; á crear *caudillejos*; á fundar el imperio de la anarquía, entre comarcas que debían sólo pensar en el desarrollo de la cría, en el fomento de las industrias, en el progreso de las artes y en todo aquello, que tendiera por el auxilio al comercio, á darle verdadera fisonomía de pueblos que conocen sus derechos, y de ciudadanos que por el buen uso de la propia libertad, han sabido con el esfuerzo múltiple, engrandecer al lugar mismo en que tuvieron la fortuna de nacer.

Aleccionado el General Martin A. Marcano por principios tan perniciosos como los ya anotados, buscaba el dominio de aquel Estado, sin detenerse en los medios que lo condujeran al logro de sus aspiraciones, con detrimento del decoro social, de la honra del soldado y de la reputación del ciudadano incorruptible. De ahí, que en posesión de esos antecedentes, y en conocimiento de esas aspiraciones, soportara yo, en mi condición de militar, según el artículo 766 del Código de la carrera, cuanto Marcano hacia por imponerse como mi inmediato superior.

Ese mi silencio, esa mi subordinación eran en absoluto concordantes con el tenor del artículo 767 del mismo Código. De ahí, también, que en las fechorías del Jefe ya nombrado, no tenga yo responsabilidades como su subalterno inmediato que le era.

Después de publicada la protesta que he insertado, y en la imposibilidad de continuar Marcano aquella política de suterfugios, aquella urdimbre de *trácalas* que lo exhibían como un gran farsante, tuvo por necesidad de las circunstancias, que disponer hacer campaña, contra el General Hernández Ron que ya para entonces había invadido el territorio del Estado.

Con cuatro cuerpos del Ejército nos movimos hacia Onoto, de donde partí con cien hombres á reconcentrar las fuerzas que obraban sobre Pariaguan y el Pao y escogí para el centro de mis operaciones el Chaparro. Estando ya allí, y habiendo concentrado todas las fuerzas en dicho lugar, recibí un telegrama del General Martín A. Marcano, en el cual me ordenaba que sin pérdida de tiempo y á la brevedad posible saliera á ocupar la plaza de Aragua de Barcelona. Operación esta, que, según el criterio militar de Marcano, obedecía al plan de eludir un ataque en combinación que iba á hacerme el General Hernández

Ron por la vía del Guarico y por la de Onoto. ¿No habría sido mas eficaz, y mas análogo con el ideal de aquella campaña, el que Marcano, se me hubiera incorporado para esperar y pelear en aquella plaza al enemigo, que segun él, pretendía atacarme allí?

Esa orden estemporanea de marcha, esa precipitación con que se me mandó la salida del Chaparro, ¿no serían los movimientos precursores del plan, que fraguaba mi Jefe, para arruinar de un solo golpe mi reputación militar?

Corroboras mis sospechas y dan á mis previsiones una autoridad casi infalible, las distintas enseñanzas de algunos preceptistas en el arte de la guerra, y por sobre esos mismos preceptos, el artículo 799 del Código militar, cuyo texto me complazco en copiar: "Una retirada al frente del enemigo, con tropas coleccionadas, dá mas funestos resultados que la pérdida de una batalla."

Y siendo eso una verdad, y habiendo podido luchar con un Ejército que como el de Hernández Ron, era inferior en municiones y en su equipo al nuestro, ¿porqué mandarme entonces á retirar de aquella plaza, si á su frente estaba el enemigo?

Vuelvan á hacer las deducciones respectivas los lectores de la presente.

Mi salida, pues, del Chaparro, se efectuó bajo el influjo de un aguacero torrencial que abrumaba mis tropas, y aminoraba el entusiasmo bélico de la oficialidad que me estaba subordinada. Aquella marcha, que se hacía sin que los parches de los atambores marcaran las notas fúnebres con que el militarismo suele llorar en el campo de los desaciertos y de las derrotas, me colmó de tristezas, y tuve instantes, en que en mi propio fuero interno, llegué hasta renegar de la disciplina militar, que me sometía á tan oprobiosa humillación.

El día cinco de diciembre retroproximo llegué con mis tropas á la plaza de Aragua de Barcelona, á sufrir los rigores de otra incierta expectativa, á soportar las nuevas consecuencias de otra versatilidad de mi Jefe, á experimentar los resultados desastrosos, de otro nuevo desacierto, que por enorme, pudiera arrastrarnos al abismo.

Ahogué mis resentimientos, olvidé que había sido humillado en lo mas sagrado de mis aspiraciones, que siempre han tendido á mantener incólume por sus claridades mi concepto militar, y obediente á las reglas de la carrera participé al General Martín A. Marcano que estaba en posesión de aquella plaza. Su constestación, si breve, por su laconismo, debo confesarlo, satisfizo en mucho mis deseos, pues, que, se reducía á ordenarme me hiciera fuerte en aquella población.

No se que especie de fatalismo seguiría á mi Jefe en sus resoluciones, de ordinario contradictorias, de ordinario incoloras, por la incertidumbre con que las dictaba, de ordinario, en fin, impropias de la entereza de carácter con que debe todo militar marcar sus acciones en el comercio de la vida. Me obliga á estas reflexiones, el hecho de que el día seis, siguiente al que yo había ocupado la plaza de Aragua de Barcelona, recibí un telegrama del mismo Marcano, en que no obstante su orden

anterior, me mandaba me pusiera en marcha para Onoto, después de que le arbitrara recursos monetarios y de ganado de aquella plaza, ó lo que es lo mismo, después que estorcionara por el saqueo á los moradores de aquella población.

Mi contestación la sintetizé en las siguientes frases: "Pronto á efectuar sus órdenes, lo haré inmediatamente, toda vez, que usted no me permita reemplazar aquí algunos enfermos que tengo en la fuerza, y por medio de un convenio amistoso, solicitar dinero de los comerciantes de este mercado."

También signifiqué á mi superior que el enemigo se aproximaba á la plaza, encontrándose al efecto, en El Río Güere, á cuatro leguas de aquella población, y que, era en mi concepto, más lógico hacerme fuerte en la plaza, según su orden primera, antes que abandonarla. Que aquello, no era más que una simple indicación mía, que en nada desvirtuaba sus órdenes, que cumpliría siempre con el respeto y disciplina con que sabía él acostumbraba yo obedecer.

A ese telegrama, respondió el General Marcano que podía permanecer hasta el día ocho.

El día siete dominado yo por el deseo de probar fortuna en el campo de batalla, de satisfacer el querer de mis soldados ya cansados de esas continuas marchas y contramarchas, en que nos mantenía el General Marcano, decidí ponerle el siguiente telegrama: "Mándeme volando repuesto de municiones."

Aquellos niófitos en achaques de militarismo, aquellos que á fuer de líricos no puedan traducir la intención de esas palabras, comprenderán, á pesar de todo, que yo le decía á Marcano, la hora del conflicto ha sonado, el constante disparo de nuestras armas agotará las escasas municiones que poseo, el buen nombre del Gobierno que defendemos, reclama nuestro común esfuerzo, para contrarestar con éxcito la audacia del enemigo, que se atreve á atacarnos. Vuele que la victoria nos sonríe y que ha llegado el instante de demostrarle á nuestros adversarios que sabemos ser fuertes, é invencibles en la pelea.

Esas y no otras, fueron las tendencias, é intenciones de las frases de mi anterior telegrama.

¿Cómo respondió Marcano á ellas?

Véanlo.

Testualmente se limitó á responderme así: "Guardeme ganado, bestias, dinero, y prenda los mochistas."

A ese brusco impulso de la inercia, ante ese frio glacial de la mas punible de las indiferencias, frente á esa especie de estatua de mármol que no la movilizaba el aire marcial de nuestras dianas que la convidaban á combatir, ni que tampoco la reaccionaban, el ultraje del enemigo que la invitaba á luchar, ante un militar que solo pensaba en la especulación, que todo lo despreciaba con tal no fuera dinero que satisficiera su codicia y colmara sus anhelos, ¿qué debía hacer yó?

Ocurrió á la oficialidad y á los Jefes que me estaban subordinados, los estimulé hablándole del heroismo de nuestros antiguos militares, solicité el modo de sacudir en ellos algo así

como un sopor que los mantenía en una especie de colapso, impropio de los hombres que en los campos de *Marte* han de multiplicarse por su actividad.

El virus gangrenoso del desprecio por la propia dignidad, se había apoderado del organismo de aquellos seres, y antes que el hurra entusiasta del soldado que se dispone á combatir, sentí la pena de oír la doliente repercusión de los afeminados suspiros que exhalaban.

Aquel anuncio, si mudo por la acción abstracta que lo producía, elocuente, por el fin que abarcaba, me hizo presentir lo que mas tarde vino á convertirse para mí en una dolorosa realidad. Aquellos seres, mitad hombres cuando se trataba del atropello de la inocencia y del robo de los propietarios, mitad mugeres cuando se les quería conducir á la pelea en defensa de los principios liberales y de sus propios derechos, me indicaron con su frialdad, que obedecían á una criminal consigna, puesto que se disponían á hacer actores en un drama cuya sola víctima iba á ser yo.

Alentado por la esperanza de que el día ocho como á las cuatro de la tarde se me habría incorporado el General Marcano con sus fuerzas, me dí á la labor de preparar cuarteles, reunir ganados, organizar bestias, y hacer el consiguiente acopio de dinero para que aquel racionara á sus fuerzas.

Demás está decir que la ansiedad me devoraba, que cada hora que sucedía, á otra hora, arrancaba de mi mente una ilusión, y afilaba por modo invisible más y mas el dardo que hería mi sér y lo violentaba en el deseo de salir de aquella insufrible expectativa.

En semejante estado de pelsejidad ví descender al astro rey, y ocultar su luminoso disco en el fúnebre ropaje en que se envolvía la naturaleza en aquella noche de prolongadas angustias para mí. No se si por ostinación. ó por propia dignidad, se convirtieron mis ansiedades en el deseo de pelear cuanto antes al enemigo, á fin de llegar mas pronto á la solución de aquel problema que mucho me mortificaba.

La noche pasó y con élla todo el día nueve, sin que Marcano ni una correspondencia de él me visitara, en tanto que veía venir hacia mí la onda revolucionaria que circumbalaba el pueblo en sus afueras de Norte á Sur y de Este á Oeste. Yo no tenía barricadas, porque la situación topográfica de aquella plaza, las hará siempre ineficaces. Yo no contaba sino con el concurso de las fuerzas del General Marcano, para dar un combate á campo abierto, y mejor castigar la audacia de mis adversarios. Por otra parte, mi Jefe superior me había anunciado su ingreso á mis fuerzas; el Código militar me mandaba resistir, y el propio decoro, por más que tuviera la convicción de que los proyectiles de que disponía eran escasísimos, me ordenaba pelear. Podía ser extrema la resolución, pero, estaba adoptada, por que el sacrificio nada significa, cuando el deber es religion: y el honor es dogma de esa religion; y la conciencia, suprema deidad que lo impone, como

holocausto indispensable á los principios que se profesan, y á la causa que se defiende, hasta derramar por élla, la última gota de nuestra sangre.

Así, pues, revisté las abanzadas, preparé á los militares para la lucha, distribuí proporcionalmente los proyectiles, pues, apenas pude darle á cada soldado, cuarenta cáusulas de mausser, que era todo el parque de que disponía para dar un combate, cuya duración era imposible determinar.

Fué las diez y media de la noche la hora designada por mis compañeros en connivencia con mis adversarios, para hacer efectivo el sacrificio que me preparaban.

Una descarga simultánea en tres puntos diversos y ocupado por mis abanzadas, me hizo saber que el enemigo me atacaba y que el combate estaba desde luego empeñado. Como es de suponerse traté de multiplicarme llevando mi voz de aliento á todos los puntos que ocupaban mis tropas. Quise en un esfuerzo de coraje arremeter al enemigo simultaneamente para desorientarlo en su ataque. ¡Y cual no sería mi estupor al encontrarme aislado, casi solo y sin un soldado que por aquel momento respondiera á la ostinación de mis victores, pues que en su mayor parte, habian huido con cínico é inesplicable descaro!

En medio de aquella confusión, preparada por la mas negra de las alevosías, traté de organizar los dispersos grupos de mis soldados, que arma en balanza y como tocados por un pánico indescriptible, discurrían del uno al otro extremo de la plaza sin rumbo fijo. Alguien al mirarlos habria pensado que aquellos infelices, en la orfandad en que los habian dejado sus oficiales, que solo la habian dado por correr sin motivo justificado, protestaban en ese estado de incertidumbre, contra los que se habían encargado por diciplina de conducirlos á la victoria.

Fué con esos dispersos que apenas pude organizar cincuenta y cinco hombres, cuarenta de caballería y quince de infantería.

Es del caso detener el pensamiento ante las horribles realidades que ofrecía á la mirada investigadora menos experta, aquella escena de desolación, de infidelidades y de ruina para la honradez de un hombre, que ha aspirado siempre á legar á su familia, un nombre limpio, y por consiguiente, nunca salpicado por el lodo infesto de la traición.

Obligado, como estaba por la diciplina de la carrera y por mi propias convicciones de soldado á no abandonar la plaza de Aragua de Barcelona, era lógico que fundara todas mis esperanzas para el combate que tenía en perspectiva, en el apoyo material, que según el telegrama ya inserto, debía esperar del General Martín A. Marcano. El compañero que me había elegido como árbitro de todas sus determinaciones, que se había mostrado benévolo conmigo abrumándome con el peso de toda su confianza, el amigo, que en más de una ocasión, y en esas íntimas confidencias en que los espíritus se espacian en fraternales coloquios, me había designado como su inmediato sucesor, ora en la primera magistratura del Estado, si á ella hubiera sido llevado por la voluntad de los pueblos, ora en el Ejército don-

de mi palabra tenía tal repercusión de autoridad que Marcano mismo la hacía omnipotente por el prestigio de que la investía, ¿cómo es que ese compañero, ese amigo, ha podido prestarse más tarde á ser el instrumento criminal que socabándome en lo más sagrado, cual es mi honra, me diera muerte moral ante mis conciudadanos?

La humanidad tiene en su seno fenómenos por demás deformes, y entre ellos, se encuentra desgraciadamente la personalidad de Marcano, incapáz de todo sentimiento noble, inhabil para toda acción heroica, nulo para todo aquello en que el hombre debe distinguirse por la hidalgía de sus procederes y la cabalidad de sus hechos.

¿Cual será la causa que me obligue á queja tan amarga contra el General Martin A. Marcano?

Ya lo sabrá usted y mis lectores.

Con los cincuenta y cinco hombres que hube de reunir en aquel desastre, que por honor al militarismo, jamas se puede calificar de combate, me encaminé por la vía de la Margarita, alentado por la esperanza de encontrarme con las fuerzas de Marcano, que lo suponía en marcha para la plaza de Aragua, según el anuncio ya conocido.

Con esas fuerzas me decía yo, habré de escarmentar á los que osaron atacar aquella plaza; al frente de esos soldados, subsanaré la cobardía, é infidencia de los oficiales y Jefes que volvieron la espalda en aquel simulacro de pelea, para llegar mas tarde á Barcelona con las armas aceitadas, sin haber hecho un solo disparo.

¿Cuál no sería mi desengaño, cuál mi sorpresa, cuál la amargura que acibaró todo mi sér, al informarme que el General Marcano, había abandonado el derrotero que lo conducía á la plaza de Aragua, para irse á la de Zaraza, solo con el propósito de cogerse la suma de mil quinientos pesos, en dinero efectivo?

¿Ese militar que dejó perecer al compañero y aún las fuerzas de su propio mando, solo porque la codicia lo impulsara á buscar dinero, será bastante autoridad, para exhibirme ante el público, con las firmas de unos tahures,, como un miserable cobarde?

Como testimonio irrecusable de que Marcano se cogió la suma de mil quinientos pesos, apelo á la conciencia del General Jesús María García Rimeréz, al cual casi se lo sacó del bolsillo. En Zaraza no hizo otro oficio que decomisar mercancías, arruinar viudas, quitar el pan á huérfanos, en síntesis, saquear á toda la población, en tanto que yo lo esperaba en Aragua, con ganado, bestias, dinero y cuarteles. Esa conducta, ¿no manifiesta terminantemente la burla sangrienta que ese sargentón hiciera de mí?

No obstante, yo seguí según el espíritu del Código militar en solicitud de su derrotero, y por medio de un posta le comuniqué desde Onoto, lo ocurrido la noche del día nueve de noviembre en la plaza de Aragua.

Con todo el desparpajo de un hombre que nada lo inquieta y que para todo tiene la sonrisa del desdén, leyó mi comunicación, redobló entonces su tarea de despropiaciones y diez horas

después, salió de Zaraza, con el ánimo de prestarme, el auxilio de su desprecio, pues que iba directamente hácia Barcelona.

Dos leguas antes de mi llegada á Zaraza, dí com Marcano y las fuerzas que comandaba. La conferencia se redujo á inculparme amistosamente porque no había perforado las casas de aquella plaza; porque no había fustigado á las familias; porque no había arrancado del tabernáculo de la Iglesia al Dios Sacramentado, lanzándolo á la calle y tomado posesión de aquel templo, para ensangrentar el armiño de sus altares y haber de profanar la casa sagrada de las oraciones. Comprendí por todas aquellas recriminaciones que me las había con un desequilibrado, puesto que su principal ahinco se concretaba á solicitar de mí, si el habilitado había perdido el dinero que yo le había conseguido en Aragua y del cual tenía extrema necesidad en aquel camino.

Los hombres que habían huido con las armas, las fuerzas que se habían disuelto, la vergüenza que humillaba al Ejército con aquel proceder, era de ninguna significación para Marcano, que no quería más que DINERO: y MÁS DINERO.

Nada iguala sobre la tierra al hombre felón, porque nada es tan despreciable como ese sér que vive en asecho del amigo, para pagarle sus servicios con traiciones; que responde á las espontáneas manifestaciones de sentimientos nobles conque lo distingue el crédulo que le aprecia, con bajezas que sonrojan, con acciones mesquinas que deprimen la excelsitud del sér racional. Y no otra cosa que un gran felón fué Marcano conmigo, que á nuestra llegada á Píritu, sin esplicaciones de ningún género, sin consideraciones de ningún linaje y sin los miramientos consiguientes á la categoría que tenía en el Ejército, me redujo á un calabozo, me incomunicó y dió principio á la serie de inventivas, que, sometieron á dudas, por lo menos, mi intachable reputación.

Por sobre todas esas maquinaciones existe el supremo criterio del público, que erigido en juez, entre el felón Martín A. Marcano y yo, ha de pronunciar su fallo, amparando á aquel que lo merezca con los fueros de la justicia.

Mientras tanto, ciudadano General Jose Ignacio Pulido, dignese en su altísima gerarquía de Ministro de Guerra y Marina de los Estados Unidos de Venezuela, y en la no menos elevada condición de amigo sincero, hacer que el Benemérito General Cipriano Castro, digno Jefe del Partido Liberal, fije un momento su atención en la presente carta, que tiende á salvar mi nombre militar, de los funestos estragos, que deja tras sí la calumnia.

B. S. M.

Juan Bautista Escalona.

NOTA.—Suplico á las personas que me hagan el honor de recibir este folleto, se dignen acusar recibo.

ESCALONA.